



## **LA CANOA Y EL PILOTO DE HOJALATA, CON SUS METAS IMPOSIBLES**

A mí me encanta el mar, aunque soy mal navegante. Cuando el barco se detiene siento náuseas como una damisela embarazada, y deseo ardientemente volver a tierra firme. Pero el mar me subyuga, y a veces pienso si en el fondo de él hay una mujer maravillosa que maneja las olas y las mareas como si fueran marionetas. Entonces me quedo admirando calladamente su arte, y en pensamientos me declaro a esa amada oculta de senos infinitos y sonrisa eternamente cambiante.

Como me gusta tanto el mar, cultivo una romántica pasión por los barcos. Incluso he tratado de construirlos yo mismo (¡Qué disparate: tampoco soy armador, ni siquiera en su más ínfima categoría). De manera que me tengo que conformar con contemplar mi canoa de hojalata roja y azul, cascada ya por tantos años de singladura heroica.

El piloto de la canoa es un marino que merece ampliamente el calificativo de héroe. Es el que más tiempo ha conseguido permanecer en el timón en circunstancias tan adversas como las que atravesó su canoa, que, para empezar, nunca ha tenido el mar a mano. Cualquier otro lobo de mar hubiera abandonado el intento. Desesperado, habría arrojado por la borda el cuaderno de bitácora y decidido ganarse la vida como socorrista o como "gigolo". Pero el piloto de mi canoa se imaginó el mar, creyó que el azul de sus aguas eran los ojos de la mujer amada, y juró no abandonar jamás su puesto hasta encontrarla.

Yo me he fijado alguna vez en la expresión del piloto, y he sentido mucho respeto. Su rostro es frío, impassible. Parece no sufrir, ni gozar. Lleva la vista clavada en la rueda del timón, pero sin duda sus pupilas apuntan al horizonte.

A lo largo de su gran aventura, el horizonte nunca se le ha mostrado propicio. Antes de arribar a mi puerto, donde le recibí con los brazos abiertos, el desdichado piloto debió

sufrir toda clase de desengaños y humillaciones. Su mar fue, una charca, una acequia, un arroyito crecido por el llanto del otoño, una bañera. Gran parte de su travesía la pasó con la canoa encallada: en el fondo de un arcón repleto de juguetes, en una caja de zapatos, en un polvoriento rincón de cualquier casa. Pero nunca el mar fue su mar. o, lo que es lo mismo, nunca pudo llegar a amar porque nunca conoció el amor.

¿Cómo iba a dejar sufrir a mi amigo el piloto por más tiempo?. Un día di cuerda a la canoa, alboroté las aguas de la bañera y me puse a imitar el chillido de la gaviota. "Es el mar -le dije- Probablemente ya no lo ves, porque los años han apagado la luz de tus ojos. Pero es el mar. ¿No lo notas?

El estaba a punto de creérselo, y hasta me pareció que sonreía, Pero al cabo de un rato se quedó muy serio, como si no le hubiera hecho ni pizca de gracia la idea. No me contestó, los marineros de hojalata son muy callados, pero yo comprendí que él esperaba del mar unos brazos calientes, unos labios enfebrecidos por la pasión y un golpe seco y profundo, con resonancia parecida al "pizzicato" en las cuerdas del cello, en el fondo del alma. "Esto no es el mar pensaría Tú también me estás engañando".

A lo mejor tiene razón, y me estoy portando con él como un mal amigo. Pero ¿cómo iba a dejar de tener entre mis recuerdos un pequeño homenaje a mi vocación frustrada una más entre mis muchas vocaciones frustradas de marino?. Por eso guardo con cariño la canoa de hojalata con su piloto. La ilusión del timonel enamorado del mar está presa de otra ilusión menos poética, pero más egoísta, que es la mía.

De todas formas, yo albergo la esperanza de que un día el piloto sonría, y se imagine de verdad que su inquietud es el mar en calma chicha. El amor, dulce y reposado, relajado caprichosamente después del violento encuentro entre el marino errante que menos ha navegado de toda la historia y los delicados ojos de la mujer deseada.

De lo contrario, su vida sería muy triste. Por más que le hagan compañía muchos héroes más, como los bomberos, o el fantasma de la abuelita de la mecedora, o los viajeros del autobús, o los chóferes invisibles que conducen mis coches.

Claro, que en último término... ¿por qué no dejarse querer por la canoa, tan femenina en sus formas, tan caprichosa en sus movimientos?. Uno puede llegar a enamorarse de su trabajo, y su trabajo está en la canoa, ¿no?.

Y en esa alternativa, sufrir para siempre un destino implacable, o ser feliz resignándose y confiándolo todo a los sueños, creo que vive el piloto de mi canoa de hojalata. Vieja, desportillada, enloquecida por su derrotero siempre fijo, y por el extraño comportamiento de un mar silencioso y cuyas olas jamás se mueven, la pobre canoa ha acabado por acostumbrarse a su suerte. Casi casi, lo más honesto es esperar para ellos un buen Apocalipsis. Entonces la tierra se unirá con el mar, y canoa y piloto recibirán el premio justo a su inquebrantable fe. Por fin el marino podrá acostarse con su amada (un poco entumecido estará, digo yo, para este tipo de gimnasia), y la canoa navegará.

(Profundizando un poco más en la solución propuesta, se da uno cuenta de que un Apocalipsis así, por las buenas, puede dejar las cosas igual que estaban. Imagínense ustedes. Venga de mar, venga de gente nadando a oscuras, venga de señoras gordas que se ahogan. Un lío horrible. Allí nadie sabrá donde está la derecha del Padre, y nadie la izquierda.

- A ver, por favor, ¿sabe usted donde quedan las ovejas?. Siga nadando en dirección norte.

- Perdone, pero me temo que está en un error. Por lo que oí a los de las trompetas allí deben estar las cabras.

- Mire, no me de la tabarra. Le digo que yo no entiendo qué puede pintar un rebaño de ovejas y otro de cabras en este desmadre. Si quiere nadar hacia donde le indico, pues bien, y si no váyase usted con las cabras o con las jirafas, que a lo mejor también tienen algo que ver en este tiberio.

Y luego las estrellas que se caen.

- Pues para mí que esa que está al caer sobre Don Honorato, el interventor de Hacienda, es Venus.

- ¡Quiá!. No sabe usted de la misa la media. Si fuera Venus ya estaríamos viendo el monte.

- Me creo yo que no procede acordarse del monte de Venus en es tos momentos, Don Braulio. Ya sabe que ahora viene el Juicio Final, y ciertas palabras pueden ser mal

interpretadas.

- ¡Oiga, no se vaya usted a creer lo que no es!. Que yo a mi señora le he sido fiel toda la vida, y ella una santa (a propósito, por si me oye el Juez voy a gritar: ¡un matrimonio ejemplar! ¡Eso es lo que hemos sido!). No le digo más que se ha ofrecido un socorrista a echarle una mano y le he dicho que nasti, que a señora no la toco más que yo, que es muy virtuosa. La pobre, como no sabía nadar, se ha ahogado, pero usted dirá: ¡para cinco minutos que va a vivir uno!. ¡Más vale morir en estado de pureza, ¿no?!...

- Pureza de guisantes la que acaba de hacer Plutón cayendo sobre la parte de San Francisco. No ve usted cómo lo ha dejado.

- ¿Pureza?. Querrá usted decir puré, Don Hermógenes.

- Pureza, pureza he dicho, Don Braulio... (No se pase de listo: hay que hablar en plan beato, para que se vea que hemos sido buenos, a ver si hay suerte).

- ¡Qué me dice usted, Don Hermógenes!. Con lo que me ha gustado a mí siempre la pureza de patatas, la pureza de lentejas, la pureza de manzanas...

- Hombre, claro. "Manzana in corpore zano". ¡Si ya lo decían los curas de mi colegio!. ¡Y qué razón tenían!.

- Para curas, Don Hermógenes, el de Ars. Frente a tanto contestatario yo creo que todos debemos pensar que todavía quedan curas como el cura de Ars.

Y usted que lo diga, Don Braulio. Y no me negará que la Ars. Tensión de la Virgen no fue una monada... ¡Qué fiesta tan cristiana! ...

- ¡De toda la vida!... Yo... la arsensión de la Virgen. Sobre todo si es virgen puro de oliva.

- Vale, vale, no se pase de untar, Don Braulio, que se le va a ver el plumero. Más vale que sigamos nadando...

Bueno, pues entonces resultará que cuando mi canoa vaya surcan do tan graciosamente las olas del mar, aparecerán estos náufragos pecadores y querrán subirse a bordo para

llegar hasta la derecha del Padre. Y como serán demasiados, la canoa se irá a pique, como si lo viera. Y ni amor, ni nada, porque al pobre marino de hojalata me lo dejan que se hunda como un plomo. Y luego a esperar que vuelva a crearse otro mundo un poco mejor, o que en la eternidad haya un mar para mi pobre marino de hoja lata) o sea, que tampoco servirá Apocalipsis oportuno. Que lo mejor que les puede pasar a la canoa y al piloto de hojalata es que sigan su rumbo estático en la estantería de mi cuarto de estar. Y si no, al tiempo.

Luis Figuerola-Ferretti Gil